

sobre el casco del Recluta).—¡Bien pensado! Ya te tenemos convertido en otro hombre.... Con ceñir el tahalí y cubrirte con el casco, entras en el cuerpo..... un cuerpo digno y respetable. Desde ahora debes sentirte como ennoblecido.

1.^{er} CAZADOR.—Sobre todo ha de tirar el dinero.

EL SARGENTO.—Hete pronto á navegar embarcado en la nave de la fortuna.... El mundo se abre á tus ojos. Á quien nada arriesga, nada le cabe esperar. Mientras el villano indolente y simplón da vueltas encerrado en un mismo círculo, como caballo de noria, el soldado puede aspirar á todo, porque actualmente la guerra dispone de la suerte del mundo. Mirame á mí. Bajo ese uniforme que visto, traigo conmigo el bastón del Emperador, y habéis de saber que en este mundo, del bastón ha salido el mando. El mismo cetro real no es más que un bastón; esto es cosa sabida. Con llegar á cabo se tiene ya un pié en la gran escala que lleva á los más altos puestos, y se puede subir á donde se quiera.

1.^{er} CAZADOR.—Ya lo creo; basta que sepa leer y escribir.

EL SARGENTO.—Voy á daros un ejemplo que yo mismo he presenciado hace poco. El jefe del cuerpo de dragones se llama Buttler. Pues bien; hará unos treinta años ambos éramos soldados rasos, de guarnición en Colonia; hoy él es general. Y es que ha llenado el mundo con su fama militar, mientras mis servicios no han sido muy sonados. ¿Qué más? El mismo Friedland, nuestro jefe, nuestro general, en el día tan poderoso, fué en un principio un simple hidalgo; pero fió su porvenir al dios de la guerra y ya veis á dónde se encumbró. Después del Emperador él es el primero, y quién sabe lo que osará ni á dónde llegará (*con malicia*) porque no estamos aún al cabo de la calle.

1.^{er} CAZADOR.—Es verdad; empezó siendo un pigmeo

y ahora es un gigante; porque, en Altdorf, cuando estudiaba,... era,... sea dicho sin ofenderle, un calaverón.... Una vez estuvo á punto de matar á un criado suyo. Y los muy nobles señores de Nuremberg quisieron ponerle á buen recaudo en la cárcel. Cabalmente habían construído, hacía poco, la celda donde le metieron y debía conservar el nombre del primero que entrara en ella. En vista de esto, ¿sabéis qué hizo Wallenstein? Pues dejó que pasara primero su perro. Y desde entonces el calabozo lleva el nombre del perro. ¿Qué tal? ¡Qué treta de muchacho listo! De todas sus hazañas ninguna me hace tanta gracia como esa.

(*En esto la moza ha terminado su faena y el 2.^o Cazador se entretiene bromeando con ella.*)

UN DRAGÓN (*interponiéndose entre ambos*).—Vamos, camaradas, dejarla.

2.^o CAZADOR.—¿Quién le mete á ese en lo que no le importa?

EL DRAGÓN.—Tengo que advertiros que esa moza es mía.

1.^{er} CAZADOR.—¡Cómo suya! ¿Qué está diciendo? ¡Está loco! ¿Pues no quiere poseer para sí el tesoro...?

2.^o CAZADOR.—Desea vivir aparte en el campamento. El palmito de una buena moza es como el sol; pertenece á todo el mundo. (*La besa.*)

EL DRAGÓN (*tirando á la muchacha del brazo*).—Pues repito que no lo toleraré.

1.^{er} CAZADOR.—¡Viva la broma! Ahí viene gente de Praga.

2.^o CAZADOR.—¿Anda buscando camorra? Voy allá.

EL SARGENTO.—Haya paz, señores. Cualquiera puede dar un beso á una moza.

ESCENA VIII

Dichos.—UN CAPUCHINO.—Salen algunos montañeses, y tocan y bailan un valz, primero con lento compás, que va creciendo hasta el final. El 1.^{er} Cazador baila con la moza de la cantina, la cantinera con el recluta; la moza se escapa, corre tras ella el cazador, y al intentar abrazarla, abraza en su lugar al Capuchino que sale en aquel instante.

EL CAPUCHINO (1).—Tra... la... la... Muy bien, como hay Dios... También yo quiero ser de la partida... ¿Es éste un ejército de cristianos? ¿Somos turcos? ¿Somos anabaptistas, por ventura? ¿Nos mofamos del día de domingo, como si Dios nuestro Señor tuviese la gota, y estuviese imposibilitado de darnos una paliza? ¿Es esta ocasión de tragar y beber y andar de bureo? *Quid hic stalis otiosi?* ¿Qué hacéis aquí mano sobre mano? Las furias de la guerra pasean desencadenadas por el Danubio, cayeron derribados los baluartes de Baviera, Ratisbona se halla entre las garras del enemigo y en tanto el ejército permanece en Bohemia, tan tranquilo, sin importársele nada de nada, muy ocupado en contentar la tripa, más atento á la botella que á la batalla, á aguzar el pico más que el sable, persiguiendo mozas y devorando bueyes en lugar de devorar á Oxens-tiern. Y en esto, la cristiandad derrotada se cubre de ceniza y viste el burdo sayal, mientras el soldado se llena los bolsillos. Estamos en un tiempo de lágrimas y miseria; aparecen en el cielo maravillosos signos; y el Señor tiende sobre las nubes el ensangrentado manto de la guerra y se asoma á las ventanas del paraíso empuñando un cometa como un vergajo amenazador.

(1) El ridículo sermón del Capuchino, y sus demás frases en este diálogo, están entreverados de equívocos pueriles, intraducibles en nuestra lengua, y que oscurecen el sentido del original en la traducción.

El mundo entero es casa de consternación; el arca de la Iglesia naufraga en un mar de sangre, y el imperio romano ¡Dios tenga piedad de él! debiera más bien llamarse el pobre romano. Corriente de amargura es la corriente del Rhin; vacíos los monasterios, aniquiladas las diócesis, trocadas las parroquias en guaridas de ladrones, la tierra de Alemania, morada de la dicha, se ha vuelto asilo de la miseria. ¿Y cuál es la causa de esto? No quiero callároslo. La causa de esto son vuestros pecados y vuestros crímenes, vuestra vida de paganos, los escándalos á que os entregáis soldados y oficiales; porque el pecado es el imán que atrae el hierro sobre ese país. Tras el mal viene la desdicha, como el llanto tras la cebolla, como la W sigue á la V, en el abecedario. *Ubi erit victoriae spes, si offenditur Deus?* ¿Cómo alcanzar la victoria si no atendéis á sermones, ni hacéis caso de la misa, y sólo frecuentáis la taberna? La mujer del Evangelio encontró la moneda que había perdido; Saúl, las burras de su padre; José á sus hermanos; pero quien buscase entre los soldados el temor de Dios, la disciplina y el pudor, cierto que no había de encontrarlos mas que encendiera cien faroles. Leemos en el Evangelio que los soldados acudían también á oír al predicador del desierto, y hacían penitencia, y recibían el bautismo y le preguntaban: *¿Quid faciemus nos?* ¿Qué hemos de hacer para entrar en el seno de Abraham? *Et ait illis* y les dijo: *Neminem conculcatis*; no atormentéis, no desolléis á nadie; *neque calumniam faciatis*, ni calumniéis á nadie. *Contenti estote*, contentaos, *stipendiis vestris*, con la paga, y maldito sea todo hábito pernicioso. El Decálogo dice: *no jurarás el nombre de Dios en vano*, ¿y dónde se oyen mas blasfemias que en el campamento de Friedland? Si á cada rayo y á cada trueno que lanza la punta de vuestra lengua hubiera que echar á vuelo las campanas, bien pronto no se hallarían sacristanes para ello;

y si por cada mala oración que sale de vuestros labios impuros, se os cayera un pelo de la cabeza, os quedarais calvos antes de llegar la noche, así fuese vuestra cabellera más espesa que la de Absalón. También Josué era soldado, y el rey David mató á Goliath, y sin embargo, ¿ dónde se lee que fueron blasfemos y maldicientes? Me parece que no hay que abrir más la boca para decir *Dios me ayude*, que para echar un taco. Pero ¡claro está! cuando el vaso está muy lleno se derrama y desborda por todos lados.—Hay otro mandamiento que dice: *No hurtarás*, y ese lo cumplís al pié de la letra porque robáis abiertamente cuanto cae en vuestras garras de buitres, sin que nada esté al abrigo de vuestra rapacidad y astucia; ni el dinero en el cofre, ni la ternerilla en el vientre de la vaca; cuando pilláis un huevo, cargáis con la gallina. ¿Qué decía el predicador? *Contenti estote*, contentaos con vuestra ración... Mas ¿cómo se portarán bien los súbditos, cuando el escándalo viene de arriba? Á tal amo, tal criado... Ni siquiera se sabe cuáles son sus creencias...

1.^{er} CAZADOR.—Alto ahí, padre; á nosotros puede echarnos las reprimendas que le parezca, pero guárdese de insultar á nuestro general.

EL CAPUCHINO.—*Ne custodias gregem meam*. Es un Achab, un Jeroboam que aparta á los pueblos de la verdadera fe para traerlos á la idolatría.

EL CORNETA Y EL RECLUTA.—¡Cuidado con repetir eso una sola vez!

EL CAPUCHINO.—Es un fanfarrón, un tragaespadas que quiere apoderarse de todas las fortalezas. Se jactó con impíos labios de tomar á Stralsund, aunque estuviera atada al cielo con cadenas. Pero gasta la pólvora en salvas.

EL CORNETA.—¿No habrá quien le tape esa boca de víbora?

EL CAPUCHINO.—Es un brujo que evoca los demonios,

es un rey Saúl, un Jehú, un Holofernes. Ha negado á su Señor, como San Pedro, y no puede oír el canto del gallo.

LOS DOS CAZADORES.—¡Curilla! ¡Ay de ti! ¡estás perdido!

EL CAPUCHINO.—Es un zorro, es un Herodes.

EL CORNETA Y LOS DOS CAZADORES (*acometiéndole*).—Calla; vas á morir...

ALGUNOS CROATAS (*interponiéndose entre ellos*).—Aguardad, no temais. Continúad vuestro sermón, con tados eso...

EL CAPUCHINO (*á gritos*).—Es un orgulloso Nabucodonosor, sentina de pecados, herético empedernido. Se hace llamar Wallenstein y es verdad, porque es para todos piedra de dolor y de tropiezos (1); y mientras el Emperador le mantenga en su puesto, no habrá paz en el país.

(*Conforme ha dicho á gritos las anteriores palabras, se ha ido retirando, protegido por los croatas.*)

ESCENA IX

Dichos.—Menos EL CAPUCHINO

1.^{er} CAZADOR (*al sargento*).—¿Qué ha querido decirnos con lo del canto del gallo que el general no puede oír? Sin duda quiso insultarle y mofarse de él.

EL SARGENTO.—Voy á explicároslo; no carece de fundamento. El general es hombre de singular complexión, y tiene sobre todo los oídos muy delicados; no puede soportar el maullido del gato, y el canto del gallo le causa horror.

1.^{er} CAZADOR.—Vaya, lo mismo que el león.

(1) Equívoco intraducible: *Allen ein Stein*, para todos una piedra.

EL SARGENTO.—Le es forzosa la mayor tranquilidad, el mayor silencio en torno. Esta es la consigna de los centinelas, porque está siempre embebido en grandes meditaciones.

(*Suenan voces en el interior de la cantina. Gran tumulto*).—¡Picaro! ¡ladrón!... ¡cogedle!... ¡cogedle!...

EL VILLANO.—¡Socorro!... ¡Misericordia!...

OTRAS VOCES.—¡Silencio!... tengamos la fiesta en paz.

1.^{er} CAZADOR.—¡Diablo!... Por allí andan á palos.

2.^o CAZADOR.—Pues vamos allá.

LA CANTINERA (*saliendo*).—¡Picaro!... ¡Ladrón!...

EL CORNETA.—¿Quién os saca de tal modo de las casillas?

LA CANTINERA.—¡Ah tunante! ¡pillo!... ¿hay tal perdido?... Y esto pasa en mi cantina!... ¿Qué dirán los señores oficiales?

EL SARGENTO.—Pero ¿qué ocurre, mujer?

LA CANTINERA.—¡Qué! Pues ahí es nada; han sorprendido a un villano con dados falsos.

EL CORNETA.—Aquí lo traen con su hijo.

ESCENA X

Dichos.—LOS SOLDADOS trayendo cogido al CAMPESINO

1.^{er} CAZADOR.—Que le ahorquen.

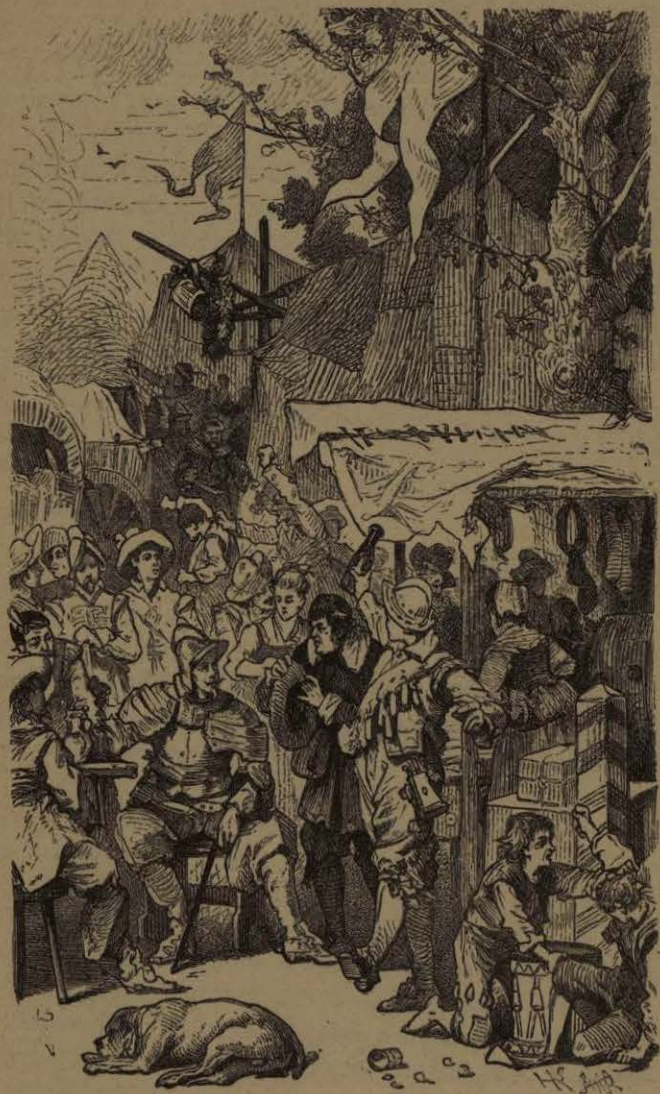
TIROLESES Y DRAGONES.—Llevadle al preboste.

EL SARGENTO.—Justo; esta es realmente la última orden.

LA CANTINERA.—Véale yo ahorcado antes de una hora.

EL SARGENTO.—Quien mal anda, mal acaba.

1.^{er} ARCABUCERO.—Este es el resultado de la desesperación. Se empieza por arruinarlos, y acaban por echarse á robar.



1.^{er} CORACERO.—¿Qué pasa con este villano?

EL CORNETA.— ¡Cómo!... ¿Te atreves á hablar en su favor?... ¡Llévete el infierno!

1.^{er} ARCABUCERO.— Después de todo, el villano es un hombre... ¡qué diablo!... un hombre... digámoslo así.

1.^{er} CAZADOR (*al Corneta*).— Dejadle; estos son del regimiento de Tiefenbach; todos sastres y guanteros. Han estado de guarnición en Brujas: ¡si sabrán ellos los usos de la guerra!

ESCENA XI

Dichos.—CORACEROS

1.^{er} CORACERO.— Haya paz, señores: ¿Qué pasa con este villano?

1.^{er} CAZADOR.— Pues toma! que es un fullero.

1.^{er} CORACERO.— ¿Te ha engañado á ti?

1.^{er} CAZADOR.— Como que me ha desplumado.

1.^{er} CORACERO.— ¿Y qué? ¿Tú, un soldado de Friedland, has podido humillarte y deshonorarte al punto de probar fortuna con un villano? Dejadle que corra.

(*El villano huye, y los soldados se acercan formando grupo*).

1.^{er} ARCABUCERO.— Listo lo arregla el hombre; es resuelto. Me gusta esa gente, pero ¿de dónde es? No parece bohemio.

LA CANTINERA.— Es valón, y de los coraceros de Papenheim, que merecen mucho respeto.

1.^{er} DRAGÓN (*adelantándose*).— Ahora tienen por jefe á Piccolomini el mozo, á quien ellos mismos eligieron coronel en la batalla de Lutzen, cuando cayó muerto Papenheim.

1.^{er} ARCABUCERO.— ¿Á tanto se atrevieron?

1.^{er} DRAGÓN.— El tal regimiento goza de algunos privilegios. Siempre fué el primero en la batalla, se go-

bierna por leyes aparte y Friedland le tiene en singular estima.

1.^{er} CORACERO (*á otro*).—¿Es cierto eso?... ¿Quién lo ha dicho?

2.^o CORACERO.—Lo oí de los propios labios del coronel.

1.^{er} CORACERO.—¿Cómo demonios?... Parece que somos sus perros.

1.^{er} CAZADOR.—¿Qué tripa se les ha roto á esos? Muy irritados están.

2.^o CAZADOR.—¡Compañeros! ¿Se trata de algo que nos importe?

1.^{er} CORACERO.—Esto no puede parecer bien á nadie. (*Los soldados se acercan*). Pues nada; que nos destinan á los Países-Bajos, coraceros, cazadores y caballería ligera en número de ocho mil hombres.

LA CANTINERA.—¿Cómo es eso? ¿Otra vez en marcha, cuando ayer mismo llegué de Flandes?

2.^o CORACERO (*á los Dragones*).—Vosotros los del regimiento de Buttler, también tendréis que montar á caballo.

1.^{er} CORACERO.—Y sobre todo nosotros, los valones.

LA CANTINERA.—Los mejores escuadrones del ejército.

1.^{er} CORACERO.—Vamos con el gobernador á Milán.

1.^{er} CAZADOR.—¿Con el Infante?... Es raro.

2.^o CAZADOR.—¿Con el cura?... ¿Anda desencadenado el infierno?

1.^{er} CORACERO.—Chicos ¿consentiremos en abandonar á Friedland, que se porta con tal nobleza, por seguir á esos ladrones de españoles á quienes odiamos con toda el alma?... No, no será. Antes desertaremos.

EL CORNETA.—¡Voto á!... ¿Qué tenemos que hacer allí? Nosotros hemos vendido la vida al Emperador y no al español del sombrero rojo.

2.^o CAZADOR.—Nosotros hemos sentado plaza en el

arma de caballería, bajo la palabra y la fe de Friedland. Sin el amor á Wallenstein, lo que es Fernando no lo hubiera conseguido nunca.

1.^{er} DRAGÓN.—Friedland ha organizado el cuerpo, y Friedland debe mandarnos.

EL SARGENTO.—Dejadme hablar y atendedme; sino, todo va á quedar en palabras. Voy todavía más lejos que vosotros; me temo que nos tienden un lazo.

1.^{er} CAZADOR.—Haya paz. Ojo con la ordenanza.

EL SARGENTO.—Á ver, Justina; echadme primero un vasito de aguardiente para sentar el estómago, y luégo os diré mi parecer.

LA CANTINERA (*sirviéndole el aguardiente*).—Tomad, señor sargento... Me asustais... Después de todo, no se tratará de nada grave, ¿verdad?

EL SARGENTO.—Bueno es, señores, que cada cual examine las cosas en particular; pero, como acostumbra á decir el general, hay que tratarlas también reunidos. Nosotros formamos el ejército de Friedland, y el villano nos da alojamiento, nos obedece en todo, nos adereza la menestra, y por más que gruña, engancha sus caballos ó sus bueyes á nuestros carros de bagaje. Basta que cuatro hombres y un cabo lleguen á un lugar, ya le tenéis convertido en autoridad, mandando y gobernando á su gusto. Y eso que maldito si nos quieren ni pizca. Antes preferirían verle al diablo el rostro que nuestras casacas amarillas. Pues bien, ¿por qué no nos arrojan de la comarca? Son más que nosotros, y si nosotros tiramos la espada, ellos manejan el garrote. ¿Por qué, siendo así, nos mofamos de ellos? Porque formamos un solo y temible ejército.

1.^{er} CAZADOR.—Es verdad; en la unión está la fuerza. Bien lo sabía Friedland cuando, hace unos ocho ó nueve años, formó un grande ejército al servicio del Emperador. Primero no querían que pasara de doce mil hombres, y dijo él: «doce mil no podré mantenerlos, pero

voy á alistar sesenta mil y respondo de que no se morirán de hambre.» He aquí por dónde hemos venido á ser soldados de Wallenstein.

EL SARGENTO.—Si alguien, vamos al decir, me corta el dedo meñique de la mano derecha, ¿creéis que sólo me habrá quitado un dedo? ciertamente que no. Lo que me quitan es la mano entera, porque ya no será más que un miembro mutilado é inútil. Pues bien; los ocho mil caballos que destinan á Flandes, son el dedo meñique del ejército. Si les dejamos partir, ¿os consolaréis diciendo: no hemos perdido más que el quinto de nuestras tropas?... ¡Por vida de!... Todo se vendrá abajo y ¡adiós temor, adiós respeto, adiós deferencias! Volverán á levantar cabeza los villanos, volverá la cancellería de Viena á garrapatear boletas de alojamiento y raciones, y otra vez entraremos en plena miseria. Pero hay más. No se pasará mucho tiempo sin que nos quiten á nuestro general, porque en la corte no le ven con buenos ojos..., con que todo se desplomará á un tiempo. Y entonces ¿quién nos ayudará luego á cobrar nuestra soldada? ¿quién cuidará de mantener nuestros derechos? ¿quién tendrá el influjo, la inteligencia, el talento, la fuerza necesaria para gobernar y conducir esa masa compuesta de tantas piezas?... Y sino, vamos á ver; dragón, dime, ¿de qué país eres tú?

1.^{er} DRAGÓN.—Yo soy de un país muy lejano: de Irlanda.

EL SARGENTO (á los dos coraceros).—Vos, ya sé que sois valón, y vos italiano; se os conoce en el acento.

1.^{er} CORACERO.—Ni yo mismo he podido averiguar quién era. Muy niño aún me robaron de mi casa.

EL SARGENTO.—¿Y tú? Tampoco eres tú de la vecindad.

1.^{er} ARCABUCERO.—Soy de Buchau, riberas del lago Feder.

EL SARGENTO.—¿Y vos, compañero?

2.^o ARCABUCERO.—Soy suizo.

EL SARGENTO.—¿Y tú de dónde eres, cazador?

1.^{er} CAZADOR.—Mis padres viven detrás de Wismar.

EL SARGENTO (por el Corneta).—Y tú y yo somos de Egra. ¡Pues bien! ¿Quién diría que fuimos cogidos y amalgados de norte á sur? ¿No parecemos cortados de la misma madera? ¿no marchamos juntos contra el enemigo, como si estuviéramos forjados y fundidos en una sola pieza? Á la más leve señal, todo encaja y se engrana como las ruedas de un molino. ¿Y quién nos ha modelado en tal forma que no hay diferencia entre nosotros, sino es Wallenstein?

1.^{er} CAZADOR.—En mi vida había pensado en esto; seguía mi camino sin notar qué bien ordenados vamos.

1.^{er} CORACERO.—Soy de la opinión del Sargento. Lo que quiere esa gente es anularnos para mandar solos. Se trata de una conjuración.

LA CANTINERA.—¡Una conjuración!... ¡Jesús, Dios mío! Entonces los señores no podrían pagarme.

EL SARGENTO.—Claro que no; vendría la ruina. ¡Cuántos comandantes y generales hay que pagan los sueldos del regimiento de sus propios bolsillos, y gastan más de lo que pueden, atentos á hacerse notar con la esperanza de la recompensa! Pues bien, si el jefe, si el duque cae, ¡adiós mi dinero!

LA CANTINERA.—¡Jesús, Dios mío! ¡Qué gran catástrofe para mí! La mitad del ejército tiene alguna cuenta conmigo. Solo el conde Isolani, ese mal pagador del demonio, me debe por lo menos doscientos escudos.

1.^{er} CORACERO.—¿Y qué hacer, camaradas? No hay más que un medio de salvación: mientras permanecemos unidos les será imposible hacernos daño alguno. Sigamos formando un solo cuerpo; dejemos que escriban ellos sus protocolos y permanezcamos nosotros firmes en Bohemia, sin ceder ni dar un solo paso. Ahora el soldado combate por su honor.

2.º CAZADOR.—No permitamos que nos lleven y traigan así á través del país. Si quieren vernos, que vengan.

1.º ARCABUCERO.—Amigos; hay que pensarlo mucho. La orden es del Emperador.

EL CORNETA.—Vaya lo que nos importa á nosotros el Emperador!

1.º ARCABUCERO.—¡Cuidado con repetir esas palabras!

EL CORNETA.—La verdad es esa.

1.º CAZADOR.—Cierto; siempre he oído decir que solo á Friedland correspondía el mando.

EL SARGENTO.—Esta es la verdad; esto es lo pactado, y de derecho. Tiene absolutos poderes para hacer la guerra y firmar la paz, confiscar dominios y dinero, ahorcar ó indultar al que quiera, nombrar oficiales y coroneles; en una palabra, goza de los privilegios de soberano, otorgados directamente por el mismo Emperador.

1.º ARCABUCERO.—Verdad que el duque es inteligente y poderoso, pero al fin y al cabo viene á ser un simple súbdito del Emperador como nosotros.

EL SARGENTO.—Como nosotros no;... no sabéis lo que estáis diciendo. Es príncipe libre del imperio, ni más ni menos que el de Baviera. ¿Por ventura no he visto yo con mis propios ojos estando de guardia en Brandeis, cómo el Emperador le permitía cubrirse en su presencia?

1.º ARCABUCERO.—Sí, pero este es un derecho inherente al dominio de Mecklenburgo que el Emperador le había dado en prenda.

1.º CAZADOR (*al Sargento*).—¡Cómo! ¿... en presencia del Emperador?... Es singular.

EL SARGENTO (*registrándose los bolsillos*).—Si no queréis creerme, voy á daros una prueba palpable. (*saca una moneda.*) ¿Qué significa esa efigie y esa inscripción?

LA CANTINERA.—¡A ver!... un wallenstein.

EL SARGENTO.—Pues bien, ¿qué queréis más? ¿No es tan príncipe como otro cualquiera? ¿No acuña moneda como Fernando? ¿no tiene también estado y súbditos y tratamiento de Alteza? Pues también puede tener soldados.

1.º ARCABUCERO.—Nada hay que oponer á eso, pero el caso es que nosotros estamos al servicio del Emperador. ¿Quién nos paga sino él?

EL CORNETA.—Esto sí que os lo niego rotundamente. El Emperador no es quien nos paga, sino quien no nos paga. Hace diez meses que nos está prometiendo el sueldo.

1.º ARCABUCERO.—Dejadlo, que en buenas manos se halla.

1.º CORACERO.—Haya paz, amigos. ¿Queréis acabar por reñir? A qué disputarse sobre si el Emperador es amo nuestro? Cabalmente porque somos sus bravos caballeros no queremos ser tratados como su rebaño, ni llevados ó traídos por la clerigalla. Decidme: ¿no es mejor para el mismo soberano que sus soldados sean hombres capaces de conducirse por sí mismos? ¿En qué consiste su poder? En su ejército. Gracias á su ejército influye en toda la cristiandad. Así, reciban en buen hora los otros recompensas y gracias, reunidos en sus salones ó sentados á su mesa. Cuanto á nosotros, bien que sólo saquemos de su gloria pesares y fatigas, lo que nos importa es el honor.

2.º CAZADOR.—Todos los grandes emperadores y tiranos fueron más discretos. Nada les importaba humillar y atormentar al mundo entero, pero guardaban miramientos al soldado.

1.º CORACERO.—Lo mejor es que el soldado se juzgue á sí mismo. Quien no se porta noblemente y con orgullo, mejor haría en dejar el oficio. Lo que es yo, si arriesgo alegremente la vida es por algo que

tengo en mucho más; si no fuera así, habría que dejarse degollar como un croata; me despreciaría á mi mismo.

LOS DOS CAZADORES.—Sí; el honor vale más que la vida.

1.^{er} CORACERO.—La espada no es un azadón, ni un arado, y sería locura empeñarse en labrar con ella. Para nosotros no madura ninguna espiga. El soldado no tiene patria. Errante sobre la superficie de la tierra, no puede calentarse junto á su propio hogar, y se ve condenado á ver de lejos y de paso el esplendor de las ciudades, la alegría del lugar, las verdes praderas, la siega y la vendimia en los campos. Si no tuviera para sí el honor ¿qué bien le quedaba? Fuerza es que algo tenga suyo, pues de otro modo sólo sería un asesino, un incendiario.

1.^{er} ARCABUCERO.—Dios sabe qué miserable vida llevamos.

1.^{er} CORACERO.—Pues bien;.... lo que es yo no la trocaría por otra. He recorrido el mundo entero, he servido á la monarquía española, á la república de Venecia, al reino de Nápoles, siempre con mala fortuna; he conocido nobles y mercaderes, obreros, jesuitas... qué sé yo... y sin embargo no hallé vestido que tanto me complaciera como mi férrea coraza.

1.^{er} ARCABUCERO.—No puedo decir yo lo mismo.

1.^{er} CORACERO.—Para medrar en el mundo, no hay que darle vueltas, amigos, forzoso es trabajar y moverse. Si quieres alcanzar dignidades y honores, tienes que doblar la cerviz bajo dorado yugo; si ansías gozar la dicha doméstica y vivir rodeado de hijos y nietos, ejerce en paz un oficio. Pues bien; yo no siento predilección alguna por semejante vida. Yo quiero vivir y morir independiente sin robar á nadie ni heredar de nadie, contemplando de lo alto de mi arzón á toda esa gentuza.

1.^{er} CAZADOR.—Bravo; así soy yo también.

1.^{er} ARCABUCERO.—Realmente; es muy grato pasear por encima de las cabezas de los demás.

1.^{er} CORACERO.—Compañeros; los tiempos están muy malos y la espada pesa ya muy poco en la balanza, mas nadie puede echarme en cara haberla elegido. Dispuesto estoy á portarme humanamente en la guerra, pero no quiero que me desuellen para hacer de mi piel un tambor.

1.^{er} ARCABUCERO.—Pero, señores, ¿quién causa la desgracia de esa pobre gente sino el ejército? Diez y seis años hace que les estamos vejando y arruinando con la guerra.

1.^{er} CORACERO.—Amigo, nunca llueve á gusto de todos. El buen tiempo que desean unos, es en menoscabo de otros, y mientras unos están pidiendo la sequía, hacen otros por que llueva. Donde tú sólo descubres estrago y miseria, yo hallo mi cuenta. Verdad es que vivimos á expensas de los paisanos; pero aunque mucho lo sienta, yo no puedo mudar las cosas. Esto es lo mismo que sucede en una carga de caballería, cuando se lanzan los caballos al galope; si cae á lo mejor alguien en medio del camino, así sea mi hijo ó mi hermano, por más que me desgaren el corazón sus alaridos, forzosamente le he de pasar por encima, sin remedio; yo no puedo bajarme á echarlo fuera en brazos.

1.^{er} CAZADOR.—Claro que no. ¿Quién se ocupa de los otros?

1.^{er} CORACERO.—Y puesto que nos sonríe la ocasión, cojámosla por los cabellos, que no ha de durar mucho, por desgracia. El mejor día se hace la paz, y todo se acabò. Ya tienes al soldado quitándole al caballo la brida, y al labrador unciéndolo á su vez á la carreta, y otra vez tomarán las cosas su curso natural, en un abrir y cerrar de ojos. Ya que ahora tenemos nosotros

la sartén por el mango y estamos unidos, no permitamos que nos dispersen, que si nos dispersamos van á colgarnos el mendrugo en lo más alto de la cucaña.

1.^{er} CAZADOR.—Eso, eso; fuerza es que no ocurra nunca. Sigamos firmes y unidos siempre.

2.^o CAZADOR.—Sí, sí.... veamos, tomemos nuestro partido. Oídme.

1.^{er} ARCABUCERO (*sacando un bolsín de cuero y hablando á la Cantinera*).—A ver, ¿qué debo?

LA CANTINERA.—Nada.... no merece la pena...

(*Cuentan*).

EL CORNETA.—Bien hacéis en retiraros. No hacéis más que estorbar. (*Los arcabuceros se van*).

1.^{er} CORACERO.—Es lástima... Con todo eso, es brava gente.

1.^{er} CAZADOR.—Pero tienen unas ideas de merca-chifle...!

2.^o CAZADOR.—Ahora que estamos en familia, vamos á ver cómo deshacemos la conjuración.

EL CORNETA.—¿Cómo?... Pues no marchando.

1.^{er} CORACERO.—Camaradas; nada de oponernos á la disciplina. Vuelva cada cual á su regimiento y explique á sus compañeros lo que ocurre, por manera que lo vean y comprendan bien. No podemos pasar de aquí. Yo respondo de mis walones; todos piensan como yo.

EL SARGENTO.—En la misma disposición se hallan los regimientos de Terzky, infantería y caballería.

2.^o CORACERO.—(*Se pone al lado del 1.^o*). Pues el lombardo no se separa nunca del walón.

1.^{er} CAZADOR.—Cuanto á nosotros, ya es sabido, la libertad es el elemento natural del cazador.

2.^o CAZADOR.—La libertad reside en la fuerza. Lo que es yo, quiero vivir y morir por Wallenstein.

1.^{er} ARQUERO.—Nosotros los loreneses seguiremos la corriente, é iremos donde se halle el placer y la alegría.

EL DRAGÓN.—El irlandés va donde le conduce la estrella de la fortuna.

2.^o ARQUERO.—El tirolés sirve sólo al amo del país.

1.^{er} CORACERO.—Entonces, redacte cada regimiento un memorial donde se diga con toda claridad que queremos permanecer unidos, sin que la fuerza ni la astucia puedan separarnos nunca de Friedland, padre del soldado. Luégo lo presentaremos respetuosamente á Piccolomini, al hijo, se entiende... conoce esta suerte de negocios y goza de algún prestigio con Friedland y también con el Emperador.

2.^o CAZADOR.—Vamos... convenido... venga esa mano... Piccolomini será nuestro abogado.

EL CORNETA, EL DRAGÓN, 1.^{er} CAZADOR, 2.^o CORACERO, LOS ARQUEROS (*á coro*).—Piccolomini será nuestro abogado. (*Hacen que se van*).

EL SARGENTO.—¡Alto!... Echemos un trago, camaradas. (*Bebe*.) A la salud de Piccolomini.

LA CANTINERA (*trayendo una botella*).—Esta no la apunto; os la regalo de muy buena gana. ¡Caballeros, buena suerte!

EL CORACERO.—¡Viva la tropa del país!

LOS DOS CAZADORES.—¡Que paga el paisano!

EL DRAGÓN Y LOS ARQUEROS.—¡A la prosperidad del ejército!

EL CORNETA Y EL SARGENTO.—... Gobernado siempre por Friedland.

2.^o CORACERO (*cantando*).—«¡A montar, á montar, camaradas!... ¡Corramos al campo, á la libertad! En campaña, el hombre vale todavía algo, y pesa algo su corazón; nadie puede reemplazarle, y le es fuerza contar consigo mismo.»

(*Los soldados que estaban en el fondo, se adelantan y repiten á coro los dos últimos versos*).

EL DRAGÓN (*cantando*).—«La libertad huyó del mundo; ya no hay más que esclavos y tiranos. La falsía y

la astucia imperan sobre la vil raza humana. Sólo quien sabe contemplar la muerte de hito en hito, sólo el soldado es libre.»

EL CORO.—«Sólo quien sabe contemplar la muerte de hito en hito, sólo el soldado es libre.»

1.^{er} CAZADOR (*cantando*).—«Lejos de su ánimo, pesares y congojas, temores ni cuidados! Osado avanza al encuentro del destino. Si no hoy, mañana lo alcanzará, y puesto que ha de alcanzarlo mañana, gocemos hoy de los últimos instantes de un tiempo precioso.»

(*Llenas de nuevo las copas, brindan y beben*).

EL CORO.—«Puesto que ha de alcanzarlo mañana, gocemos hoy de los últimos instantes de un tiempo precioso.»

EL SARGENTO.—«Su dicha es gracia del cielo. Inútil es el esfuerzo, inútil la fatiga. El pobre labrador hoza el seno de la tierra en busca de un tesoro; hoza y cava toda la vida, y al fin cava su propia huesa.»

EL CORO.—«Cava toda la vida, y al fin cava su propia huesa.»

1.^{er} CAZADOR.—«El jinete y el ágil caballo son bienes temibles huéspedes. Mirad cómo brillan en el castillo las antorchas de himeneo; ya llega sin ser invitado, sólo breve rato corteja á la novia, y sin dinero, de un golpe arrebatada la corona del amor.»

EL CORO.—«Sólo breve rato corteja á la novia, y de un golpe arrebatada la corona del amor.»

2.^o CORACERO.—«¿Por qué llorar, por qué consumirte de pena, doncella hermosa? Déjale que pase; déjale que corra. El soldado no tiene hogar, no puede ser fiel á su amor. El hado veloz le arrebatada en sus alas, y en parte alguna le es permitido detenerse.»

EL CORO.—«El hado veloz le arrebatada en sus alas, y en parte alguna le es permitido detenerse.»

1.^{er} CAZADOR (*coge de la mano á los que tiene cerca; los demás le imitan. Todos los interlocutores de las anteriores*

escenas forman semicírculo).—«Vamos, camaradas, á ensillar los caballos; dilate nuestros pulmones el aire de las batallas; arde la sangre juvenil; chisporrotea la vida. ¡En marcha!... antes que se evapore el valor... Quien no arriesga la vida, no goza nunca de ella.»

EL CORO.—«Quien no arriesga la vida, no, no goza nunca de ella.»

(*Cae el telón mientras el coro canta el estribillo*).

